

## La práctica social de los nahuas expresada en su lengua

Sobre Víctor Manuel Castillo Farreras. 2019. *La práctica social en el lenguaje de los nahuas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.

Rodrigo MARTÍNEZ BARACS

Instituto Nacional de Antropología e Historia (México)  
Dirección de Estudios Históricos  
rmbaracs@gmail.com

El libro de Víctor Manuel Castillo Farreras (1932-2021) titulado *La práctica social en el lenguaje de los nahuas* se distingue entre los libros de historia o de lingüística por la ambición y el rigor teórico de su propósito de conjunto: aproximarse a la “práctica social”, las relaciones de producción, predominantes entre los nahuas antes de la conquista española, a través del estudio de la estructura profunda de la lengua náhuatl.

Castillo Farreras inició con pie firme sus trabajos con un libro sobre *La estructura económica de la sociedad mexicana, según las fuentes documentales*, originalmente publicado en 1972, y varias veces reeditado, con un lúcido prólogo de Miguel León-Portilla (1926-2019) que repasa el desarrollo del estudio de la economía prehispánica desde el siglo xvi hasta el xx y destaca que la novedad del libro es la utilización cuidadosa y crítica de las fuentes en lengua náhuatl: las *Relaciones* de Domingo Chimalpahin (1579-1660?), la *Crónica mexicáyotl* de Hernando de Alvarado Tezozómoc (1525-1606), el *Códice Florentino* de fray Bernardino de Sahagún (1499-1590) y sus colaboradores nahuas, los *Anales de Cuauhtitlan*, entre otros, además de los códices pictográficos. Desde entonces, en sus estudios y ediciones, Castillo Farreras se planteó el problema del inevitable sesgo hispánico en los textos en náhuatl, por lo que buscó calar en la lengua misma para entender la práctica social de los nahuas. Fijó su atención ya no sólo en lo que describen los textos, sino en la lengua en la que lo hacen, y de manera reiterada, en la vida cotidiana.

Un primer paso en este estudio lo dio Castillo Farreras en 2010 con su libro *Los conceptos nahuas en su formación social. El proceso de nombrar*, enfocado en el estudio de los sustantivos terminados en *-tli*, *-tl* y *-li*,



investigación nodal, pues el lenguaje nombra lo que existe, delinea un universo, el universo de la comunidad de los hablantes. Y en el nuevo libro, *La práctica social en el lenguaje de los nahuas*, Castillo Farreras enfoca la lengua náhuatl en algunas de sus estructuras gramaticales y expresivas a través de varios sufijos: “Las relaciones de apropiación”, a través de los sufijos *-e* y *-hua*; “Los sujetos y sus actividades”, a través de los sustantivos derivados en *-ni* y en *-qui*; “Los sujetos receptores de la acción”, con los sustantivos pasivos e impersonales y sus derivados en *-ni*; y los “Nombres y sentidos de las acciones”, a partir de los verbales y las acciones en *-liztli*, los verbales pasivos en *-ca*, las acciones en *-o-ca* y los verbos activos del pretérito *-ca*.

Castillo Farreras expone en la “Introducción” los fundamentos de su empresa. Las fuentes más importantes de las que se dispone son las gramáticas y los vocabularios de los frailes y sacerdotes de los siglos *xvi* en adelante, que expresan las realidades del mundo indígena en los términos de su propio mundo feudal europeo y que, además, se refieren ya no al mundo “prehispano” (como escribe Castillo Farreras), sino al muy alterado mundo novohispano, lo cual obliga a proceder con cautela e inteligencia. Para orientar y afianzar su búsqueda lingüística, Castillo Farreras aclara las características del proceso global de trabajo, la “práctica social”, en términos humanos generales, independientemente de sus determinaciones históricas concretas, siguiendo las obras del joven Karl Marx (1818-1883) humanista, como los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, *La ideología alemana* y las *Tesis sobre Feuerbach*, de 1845, y el capítulo 5, sobre el proceso de trabajo, de *El capital*, de 1867, su obra de madurez. Esta vertiente del pensamiento marxista es afín a la que expuso Adolfo Sánchez Vázquez (1915-2011) en su libro *Filosofía de la praxis* (1967), que muestra que en el materialismo marxista la materia no anula o subsume a la idea, el objeto al sujeto, pues ambos interactúan en la praxis, la práctica, el trabajo, necesariamente social, que incluye el lenguaje, que la expresa y participa en ella, como lo explicita Adam Schaff (1913-2006) en *El lenguaje y la sociedad*, publicado en español en 1975. Así funda Castillo Farreras su aproximación a la práctica social mesoamericana a través de las estructuras expresivas de la lengua náhuatl.

Los siguientes cuatro capítulos de su libro se enfocan directamente en las mencionadas cuestiones gramaticales del náhuatl. Su lectura presupone cierto conocimiento de la lengua por parte del lector y exige su concentración, pero los deseosos de aprender sacarán provecho del estudio de esta densa obra y de los ejemplos que cita y analiza, extraídos de las obras clásicas de la lingüística misionera y moderna. Por otro lado, el libro tam-

bién es denso desde el punto de vista filosófico. No es sólo que Castillo Farreras tenga ideas marxistas, sino que escribe sobre historia y lingüística nahuas como si fuera el mismo Marx. Vale la pena hacer un esfuerzo para entenderlo.

El primer capítulo del libro, sobre las “Relaciones de apropiación” a través de los sufijos *-e* y *-hua*, comienza repasando las explicaciones y ejemplos que dan las “artes” antiguas de los franciscanos fray Andrés de Olmos (1547) y fray Alonso de Molina (1571), el jesuita Antonio del Rincón (1595), el agustino fray Diego de Galdo Guzmán (1642), el jesuita Horacio Carochi (1645), el franciscano fray Agustín de Vetancurt (1673), el agustino fray Manuel Pérez (1713) y el padre secular Joseph Agustín de Aldama y Guevara (1754), y las gramáticas modernas de Ángel María Garibay K. (1940), Thelma D. Sullivan (1976) y Michel Launey (1979). Todas coinciden en que conciben los sufijos *-e* y *-hua* para indicar al “dueño” o al “señor”, voces que “llevan claros vestigios de su origen europeo, sobre todo del antiguo sistema feudal o señorial, pero que mediante la práctica social reiterativa y espontánea se conservaron en los sistemas de producción posteriores”. Además, como vimos, el mundo de estos autores ya no era el prehispano.

Menciono brevemente unos cuantos ejemplos, de los que da el primer *Arte de la lengua mexicana*, el de fray Andrés de Olmos (1485-1571):

*Milli*, la heredad: *mil-e*, el dueño o señor della.

*Atl*, agua: *a-hua*, el dueño o señor de el agua.

*Calli*, casa: *cal-e* o *cal-hua*, el señor della.

*Cuicatl*, canto: *cuiqu-e*, señor del canto.

*Chichi*, perro: *chich-e* o *chichi-hua*, dueño del perro.

El plural se obtenía agregando *-que* a la forma singular: “*Piltztintli*, niño [*pilli*]: *pil-hua*, madre que tiene hijo”, y el plural es: *pilhuaque*. El uso de las terminaciones *-e* y *-hua* varía, con excepciones, según si la raíz del sustantivo termina en consonante o vocal. Y en el caso de los verbales terminados en *-qui*, éste se vuelve *-ca*, al que se agrega *-hua*, como en: “*Tla-pix-qui*, guarda: *tlapix-ca-hua*, el señor de tal guarda”. Y al ser poseídos estos poseedores, el *qui* cambia en *-ca-uh* en singular y *-ca-huan* en plural: *no-tlapix-ca-uh*.

Pero observa Olmos que al ser poseídos estos sustantivos “mudan el significado” como en el caso de: “*Milli*: *mil-e*, quiere decir el dueño del maizal, o de la heredad, y *no-mil-e-ca-uh* no quiere decir mi tal dueño, sino mi guarda de mi maizal”. Con esta mutación del sentido, de dueño a guarda,

comienza a encontrar Castillo Farreras algo de este sentido de apropiación más amplio presente en los sufijos *-e* y *-hua*, que va más allá de las nociones feudales de dueño y señor. Por ello es notable que el padre Joseph Agustín de Aldama y Guevara (1716-1770) —con el amplio conocimiento del habla de los nahuas que le daba la confesión, entre otras actividades— tradujera *mil-e* como “labrador” y no como “dueño de la heredad”, con lo cual, según Castillo Farreras, prefiguró “el modo de apropiación de los objetos mediante el trabajo”. Éste se ve en topónimos como *Mich-hua-can*, que se ha traducido como “lugar de los que tienen pescado”, cuando es, más claramente, “lugar de pescadores”; o *Cul-hua-can*, de *colli*, “abuelo”, no es “lugar de los que tienen abuelos”, o “de los nietos”, sino lugar “de los que disponen de la experiencia y los recursos de sus abuelos”. Lo mismo sucede con el platero, que registró fray Alonso de Molina (1513-1579) en su *Vocabulario, iztac-teocuitla-hua*, que no designa al dueño de la plata sino al que se apropia de ella mediante el trabajo.

Los ejemplos que recoge Castillo Farreras de las artes antiguas y del *Vocabulario* de Molina, de la *Historia general de las cosas de Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún y sus colaboradores nahuas, y de las *Relaciones* de Domingo Chimalpahin van delineando una forma de apropiación del mundo por medio del trabajo comunitario, contrario a la apropiación privada egoísta que llegó con los españoles.

Así resume Castillo Farreras, siguiendo a Sahagún, un ejemplo de lo que constituye la apropiación nahua en el terreno humano:

Si se dice que la madre es *pilhua*, lo es no sólo porque su hijo (*ipil*) fue la materia prima que se transformó en su vientre, sino por ser ahora el objeto de su propio desempeño (*ipilhuacauh*) en tanto *nantli*, por el cual sustenta al hijo y lo instruye. Nociones éstas que, bajo distintas formas, se encontraban ya en el pensamiento de Sahagún cuando afirmó que “la propiedad de la madre es tener hijos y darles leche [...] y porque] tiene continuo cuidado dellos”.

Y advierte Castillo Farreras que

si este mismo *pilli* se torna en *nane*, resulta ser así porque ahora es él quien toma a su madre (*inan*) como el medio del que obtiene su sustento y protección puesto que su progenitora es, por naturaleza, la condición de su propia existencia (*inane-cauh*). Pero si el hijo no es sólo un *pilli* sino un *tepiltzin*, se convierte entonces en un respetable “hijo de alguno”, como tradujo Molina, o bien, como lo pensó y

anotó Sahagún, en un “hidalgo [que] tiene padre y madre legítimos, y sale o corresponde a los suyos en gesto o en obras”.

Y remata el análisis Castillo Farreras:

aun siendo *nane*, el hijo es al mismo tiempo *tahhua*, *iccauhe*, *cule* y *cihhua*, esto es, que si a su relación originariamente natural se le ha sumado la familiar, comunitaria o social, puede ahora disponer de los recursos provenientes no sólo de la madre sino del padre, de su hermano, de su abuelo y de su abuela.

Los ejemplos que va dando Castillo Farreras del uso de los sufijos *-e* y *-hua* se refieren también al ámbito vegetal y zoológico, descritos mediante atributos humanos: “sus manos, brazos o ramas (*mamahe*), sus pies o patas (*icxe*), sus uñas, garras o su descendencia (*izte*), sus alas (*amatlapale*), o sus antenas o cuernos (*cuacuauhe*)”. Y lo mismo sucede en entes inanimados, como con el término *yaque*, que viene de *yacatl*, nariz, y significa según Molina “cosa que tiene punta”.

Los ejemplos que va dando Castillo Farreras son varios y complejos. No los puedo resumir aquí, pero su conclusión es clara: los invasores europeos, “plenamente infiltrados por la propiedad privada, la explotación del trabajo y el mercantilismo”, sólo percibieron el tener o poseer en los sufijos *-e* y *-hua*, incapaces de percibir los “sentidos físicos y mentales asociados por los nahuas a su proceso de producción y de apropiación de los objetos” y que “para los nahuas prehispanos el hecho de tener algo solamente fue posible y legítimo cuando ese algo tenía en sí mismo la cualidad social correspondiente a la de su poseedor”.

El segundo capítulo trata de los sustantivos que designan “Los sujetos y sus actividades”, mediante el estudio de los que se forman a partir de verbos con los sufijos *-ni* y *-qui*. Aquí también Castillo Farreras advierte que los autores de las artes antiguas describieron estos verbales de manera “plenamente adecuada a la situación social en la que se encontraban los nahuas novohispanos, fue por el contrario un tanto cuanto equívoca con respecto a la práctica comunitaria que había sido propia de sus ancestros prehispanos”.

Castillo Farreras hace un recorrido por las artes antiguas y gramáticas modernas para establecer el funcionamiento del sufijo sustantivizador *-ni*, más los prefijos *te-*, “a alguien”, y *tla-*, “a algo”, comenzando por fray Andrés de Olmos hasta llegar a Michel Launey. En plural toma *-me* o *-h*, como

*te-tlazotla-ni*, “amador”, *tetlazotla-ni-me* o *te-tlazotla-nih*, “amadores”. Funciona también con el prefijo reflexivo de tercera persona, y *mo-tlazotla*, “él se ama”, de *motlazotla-ni*, “amador de sí mismo”.

Según el padre Ángel María Garibay K. (1892-1967), los sustantivos con el sufijo *-ni* “significan el que ejecuta la acción o posee la cualidad verbal”. Y Michel Launey señaló que el sufijo *-ni* “puede considerarse a la vez como un tiempo y como un modo”, puede considerarse “eventual”, pues marca “no la realización presente, concluida o futura de un proceso, sino más bien la propensión, la capacidad del sujeto a realizarlo”, lo cual se entiende con los ejemplos que da Launey y que cita Castillo Farreras. Cito los primeros verbos intransitivos:

*Ni-miqui-ni, ni-polihui-ni*: soy mortal, perecedero.

*Ti-cochi-ni*: eres un dormilón, no haces más que dormir.

*Cencacuica-ni inin tototl*: este pájaro canta muy bien, es muy cantador.

Enseguida Castillo Farreras estudia el verbal o sustantivizador *-qui*, y resume cómo los diferentes autores lo han distinguido del verbal *-ni*. Olmos señala que los verbales terminados en *-qui* “por la mayor parte son nombres de los oficiales que ejercitan la operación del verbo de donde salen y que en plural vuelven el *-qui* en *-que*, como, por ejemplo: *tla-pix-qui*, guarda; plural, *tla-pix-que*”.

No siempre son distinguibles los sufijos verbales *-ni* y *-qui*. Launey advirtió: “*-qui* marca más bien un estado, *-ni* una propiedad”, como en: “*Mic-qui*, muerto, *Miqui-ni*, mortal. *Cualan-qui*, irritado, *Cualani-ni*, irritable”. Y *-c* y *-qui* “marcan más bien una función social, una profesión” y “*-ni* una capacidad, una propensión”. Aunque también hay formas terminadas en *-ni* para profesiones como *tla-toa-ni*, “rey u orador”, y *cuica-ni* (y no *cuicac*), “cantante”.

Hecho el recorrido de las apreciaciones de los estudiosos sobre los verbales en *-ni* y en *-qui*, Castillo Farreras observa que “en vez de indagar sus sentidos en las acciones propias de los nahuas acaso se preocuparon más por esclarecer los mismos a partir de los de ciertas categorías gramaticales que, como las de nombres, adjetivos o participios, fueron introducidas desde un principio en las versiones del lenguaje indígena”. Pero no es que estas categorías estuviesen equivocadas, sino más bien que expresaban adecuadamente la “vida real de los nahuas novohispanos”, con “la inserción y el disfrute del trabajo y el servicio de los indígenas en el siste-

ma productivo colonial”. Las interpretaciones lingüísticas de los frailes son válidas para conocer a los nahuas novohispanos, pero “casi no”, para referirse a “sus ancestros prehispánicos”. Castillo Farreras encuentra, sin embargo, manera de abordar este “casi” al observar que “los nombres en *-ni* provienen de verbos del presente del indicativo en tanto que los acabados en *-qui* lo hacen del pretérito perfecto”. Las acciones de los verbos en *-ni* “aparecen siempre en movimiento”, mientras que las de los verbos en *-qui* “están agotadas, acabadas o en reposo, puesto que ya ha concluido el objetivo del sujeto”. En los verbales en *-ni*, “se describe, de distintos modos, al sujeto que va proyectando su acción sobre determinado objeto”, mientras que los verbales en *-qui* dan cuenta “de la transformación del mismo sujeto como resultado de su acción ya consumada”. Tomo algunos de los ejemplos que da Castillo Farreras:

*Te-pia-ni*, el que guarda a otro; *te-pix-qui*: guardián.

*Tla-pia-ni*, el que guarda algo; *tla-pix-qui*, el que guarda algo; *No-tla-pix-ca-uh*, el que guarda mis cosas.

*Tla-pachoa-ni*: apretador, que cubre o cobija; *tla-pacho-qui*: gallina clueca que está sobre los huevos, o el que rige y gobierna.

Castillo Farreras da abundantes explicaciones y ejemplos, tomados de Sahagún, que traduce acuciosamente del náhuatl, y concluye con el caso paradigmático del trabajo agrícola:

Se entiende, por tanto, que luego de trabajar alguno como lo hace el *tlalchihuani*, pueda convertirse en un *tlalchiuhqui*, pero que siendo reconocido con tal nombre, al ingresar a un nuevo proceso lo haga como cualquier otro *tlalchihuani*, salvo que su desempeño será mejor dada su experiencia adquirida en cada una de las faenas del proceso anterior, es decir, rompiendo la tierra como un *zacamani*, esparciendo las semillas como un *tlapixoani*, acarreado las mazorcas como un *tlazacacani*, o, por su experiencia, dirigiendo a otros en estas labores.

Y lo mismo sucede con el sastre, *tlatzonqui*, que fue un *tlatzomani* que costuraba y un *tlatequini* que cortaba las telas; o con un *tlahuanqui*, borracho, que antes se emborrachó mucho como *tlahuanani*; y con el difunto, *micqui*, que antes fue un *miquini*, simple mortal.

Estudiados los sujetos de la acción, el tercer capítulo del libro de Castillo Farreras trata de los “Sujetos receptores de la acción” a partir de los

pasivos e impersonales y sus derivados en *-ni*, ya no en *-qui*, por lo que se refieren a acciones no concluidas.

Olmos los cuenta entre los adjetivos derivados de verbos que se forman “de la tercera persona del presente del indicativo de la voz pasiva, añadiendo *-ni*”, como en *tlazotla-lo-ni*, que significa “cosa amable, venerable, o cosa digna de ser amada”. Sin embargo, el análisis de la presencia de esta palabra en diferentes contextos en la *Historia general* de Sahagún muestra que se refiere tanto a ser receptor como dador de afectos: la propia forma *tlazotlalonni* es tanto pasiva como activa, lo cual enriquece nuestra noción de la “práctica social” nahua. El mismo análisis de los verbales de la voz pasiva con sufijo *-ni* se extiende del ámbito de las personas al de los objetos y medios de la práctica de los individuos, como *cua-lo-ni*, “todo lo digno de ser comido”. Aquí también la información que da Sahagún es particularmente rica, y muestra, según Castillo Farreras, no sólo su consumo sino también “los modos específicos de consumirlos”.

Michel Launey apuntó que en náhuatl no existe una categoría gramatical especial de adjetivos, por lo que éstos se pueden traducir con sustantivos terminados en español en *-ible* o *-able*, como en:

*Cua-lo-ni*, es comestible

*Cac-o-ni*, es audible

*Chihua-lo-ni*, es posible, puede hacerse.

Imposible dar cuenta aquí de las sutiles y a menudo reveladoras exposiciones de Castillo Farreras sobre los pasivos, de los derivados del impersonal y de los impersonales en *-ni* y la posesión de los medios impersonales, que nos sumergen de lleno en la realidad apropiada por la práctica social de los nahuas. Así resume el propio Castillo Farreras el argumento de sus estudios sobre los verbales, sustantivos derivados de verbos:

De los elementos simples del proceso laboral que aparecen en cada uno de los derivados verbales ya analizados, en los de la voz activa con los sufijos *-ni* o *-qui* se distinguen de inmediato las formas y funciones que adoptan tanto el sujeto de la acción como el objeto que la recibe, según que esa misma actividad se presente sólo en movimiento o plenamente objetivada. Pero en lo que respecta a los verbales de la voz pasiva con el mismo sufijo *-ni*, sólo es posible descubrir que el sujeto se manifiesta ahora como el objeto receptor de alguna actividad por el simple hecho de haberla promovido, en tanto que en los derivados del verbo impersonal sufijados también con *-ni* y en los de su posesivo en *-ya* el sujeto se presenta, tácitamente,



en el primero como el objeto que recibe la acción pero que de inmediato la traslada y cumple, mientras que en el segundo es el mismo instrumento que había sido utilizado por su poseedor.

En el capítulo cuarto, Castillo Farreras prosigue el estudio de los elementos del “proceso laboral”, a través de los nombres y los sentidos de las acciones, puestas en práctica, aceptadas por los objetos y que repercuten en la persona del sujeto. En náhuatl, estas acciones se expresan en los sustantivos derivados de verbos, “unos de la voz activa con el sufijo *-liztli*, otros de la pasiva con sufijo *-ca*, y unos más del pretérito activo también sufijado con *-ca*”.

En cuanto al sufijo *-liztli*, fray Andrés de Olmos indica que significa “la acción y operación del verbo”, y se forma a partir del futuro del indicativo en tercera persona, como sustituyendo la *-z* por *-liztli*, como al pasar de *tetlazotlaz*, “aquel amaré”, a *tetlazotlaliztli*, “el amor con que ama a otros”. Y en los verbos que acaban en *-ca* cambian en *-qui* antes del *-liztli*, como al pasar de *tlaneltocaz*, “creeré”, a *tlaneltoquiliztli*, “creencia”. Y los verbos neutros (intransitivos) acabados en *-i* pueden formarse como al pasar de *miquiz*, “morirá”, a *miquiliztli* o *miquiztli*, “muerte”. Los autores de las gramáticas antiguas que recorrió Castillo Farreras coinciden al afirmar que el sufijo *-liztli* denota “la acción y operación del verbo”, salvo los jesuitas Antonio del Rincón (1566-1601) y Horacio Carocho (1586-1666), que advirtieron que el sufijo *-liztli* puede indicar también el término de la acción, como al pasar de *yoliz*, “él vivirá”, a *yoliztli*, “vida”, o de *tlacuiloz*, “pintará, escribirá”, a *tlacuiloliztli*, “pintura”, o de *tlaneltocaz*, “creeré”, a *tlaneltoquiliztli*, “fe, acto de creer”.

Castillo Farreras encontró que los vocabularios y los textos nahuas novohispanos confirman que el sufijo *-liztli* designa no sólo el acto sino también “el efecto de la acción del verbo y en ocasiones sólo este último”. Castillo Farreras advierte, además, la importancia de la forma futura del verbo como base de los sustantivos en *-liztli* o reducido a *-ztli*, como en *yoliliztli* o *yoliztli*. El sufijo *-ztli*, descompuesto en el sufijo futuro *-z* y el sufijo absoluto *-tli*, alude tanto al futuro como al pasado, al “futuro de la acción verbal y a la misma acción, pero una vez concluida”.

Castillo Farreras analiza enseguida los verbales de los verbos pasivos, que en lugar de *-liztli* se forman con el sufijo *-ca*, u *-oca*, y con un prefijo posesivo para designar sobre quien recae la acción, como en: *i-tlazotla-lo-ca in dios*, “el amor con que es amado Dios”, que da fray Alonso de Molina. Y

menciona que según Antonio del Rincón designa “el término de la acción”, como en *no-tlazotla-lo-ca*, “el amor con que soy amado”.

La riqueza de significados de los sustantivos verbales de los pasivos terminados en *-ca* se enriquece con la de otras formas gramaticales nahuas terminadas también con el sufijo *-ca* o *-c*, como en *teti-c*, “duro como piedra”, o el instrumental *-ca*, como en *te-ti-ca*, “con piedras”, que también se construye con los prefijos posesivos para indicar sobre quien recae la acción: *no-ca*, *mo-ca*, *i-ca*, etcétera. Así encuentra Castillo Farreras “el general y eterno proceso laboral humano” en un breve ejemplo salvado por Carochi y retomado por Launey, “*Nociahuitzica notlatequipanliztica nictemotinemi in noyolca in nonenca in nocohca in noneuhca*”, que Castillo Farreras traduce:

Con mi fatiga y mi trabajo ando buscando lo que me permitió continuar animado (*noyolca*), lo que me ha permitido vivir hasta ahora (*nonenca*), aquello con lo que pude dormir para restaurar mi energía (*nocohca*) y con lo que pude seguir despierto luego de levantarme por la mañana (*noneuhca*).

La conclusión, titulada “En síntesis”, comienza con una emblemática descripción en positivo de la producción agrícola en términos del lenguaje náhuatl, que vale la pena citar:

Tomando como punto de partida los elementos simples que intervinieron en el proceso agrícola realizado por los nahuas prehispánicos, puede verse que el *tlalchi-huani* que labra la tierra, que proyecta en ella su capacidad física y mental (*tlalchi-hualiztli*) por medio de algún instrumento específico (*tlalchihualoni*), ya sea aguzado como el *huitzoctli* o como el inseparable *huictli*, con la finalidad de adecuarla a la producción de alimentos entre los que destacan el maíz y el frijol. Es así que al término de su labor inicial y por ello convertido en un labrador con experiencia (*tlalchiuhqui*), la tierra que antes fuera el objeto primordial de su trabajo (*tlalchihualli*) se presenta ahora como tierra cultivada (*tlalchiuhkli*), como un producto que servirá tanto de materia prima como de medio de trabajo para los siguientes momentos del mismo proceso en los que el agricultor se presente de nuevo como el que derrama la simiente (*tlapixoani*) o como el que excava los lomos de tierra para permitir su irrigación (*tlacuemitacani*), sin dejar de abonar y proteger el entorno en el que se desarrolla la planta hasta que brota el *xilotl* o mazorquilla con espigas que luego de aumentar sus granos como *chichipelotl* se convierte en *elotl* o mazorca tierna cuajada de granos y llegue el momento en que esté ya seca y dura como *centli*.

Quisiera citar todo el texto de Castillo Farreras. Transmite la visión de un pasado nahua impregnado de comunidad, de los hombres entre sí y con la naturaleza, de maestría en los distintos procesos productivos. A través del estudio profundo de la lengua náhuatl, Castillo Farreras logró transmitirnos el sentido profundo de la vida, el trabajo, la comunidad, de los nahuas comunes, de los macehuales. Su visión es refrescante en un ambiente historiográfico dominado por las fuentes arqueológicas, las crónicas y los códices, que transmiten de manera preponderante la visión del mundo de las clases dominantes, con un aparato de dominio crecientemente teocrático, militarista, sacrificial y antropófago. Por eso el náhuatl comunitario que rescata Castillo Farreras nos permite compartir los valores de los macehuales olvidados.

Es mucho lo que el lector aprende leyendo los trabajos de Castillo Farreras sobre el ser profundo de los nahuas revelado por su lenguaje. Ahora que él ha desaparecido, espero que sus lectores prosigan sus estudios con otras formas gramaticales y léxicas, como los sufijos aplicativo *-lia*, hacer algo para alguien, y causativos *-tia* y *-ltia*, hacer que alguien haga algo, que nos dicen mucho sobre las relaciones sociales de producción. Y será productivo prolongar su investigación sobre la riqueza de sentidos de las formas gramaticales en el gran corpus de documentos cotidianos novohispanos en náhuatl que comenzó a estudiar James Lockhart (1933-2014).

La investigación del maestro Víctor Manuel Castillo Farreras es importante porque nos revela los testimonios lingüísticos de un mundo nahua y mesoamericano comunitario, presente aun integrado a formaciones prehispánicas nuevas, que se mantuvo en los pueblos de indios novohispanos y ha venido retrocediendo en los dos siglos mexicanos. Más que nunca, la lengua náhuatl se muestra como parte fundamental de nuestro patrimonio cultural, testigo en clave de nuestra herencia mesoamericana.